

EL INTELLECTUAL CRISTIANO EN VENEZUELA HOY

Doctora María Isabel Martínez Abal

He de confesar que cuando los organizadores de la Semana Teológica del ITER-UCAB me invitaron a participar en este Encuentro el tema se constituyó para mí en un auténtico reto. En primer lugar, porque lo normal o tradicional es que nosotros como laicos estemos ubicados en el lugar en que se encuentran ustedes, oyendo lo que el clero tiene que decirnos; por lo tanto en este sentido la escogencia del tema me parece que está con los “signos de los tiempos”, y muestra una actitud de diálogo con el laicado, y por lo tanto felicito a los organizadores. Y en segundo lugar, las palabras Intelectual Cristiano tienen un peso muy grande en mi entendimiento, identificarme como intelectual me parece una gran responsabilidad y si a esto se le suma la condición de cristiana el hecho se multiplica. Pero si los organizadores de este Encuentro me identifican como tal, sus razones tendrán, confiemos en él y tratemos en lo posible de cubrir las expectativas.

Dividiré mi intervención en tres partes: primero, lo que implica para mí ser cristiana y cómo he vivido esa experiencia, a continuación lo que significa ser economista y finalmente intentaré conjugar las dos características anteriores, tratando de abordar el reto que se le presenta en la Venezuela de hoy al intelectual cristiano venezolano.

Primero empecemos con la condición de cristiana. Desde que tengo uso de razón he tratado de ser consecuente con ella, pero tengo que decir que he tenido mis altos y bajos. Los puedo calificar (como lo harían los teólogos), como si al inicio de mis tiempos hubiera vivido con el Código de la Pureza: pendiente del culto, del rito, del cumplimiento de prescripciones, y posteriormente se me ofrece el Código de la Alianza donde conocí al Dios Amor, misericordioso, el de los derechos del pobre, el de la igualdad, la

justicia, el de la comunidad y la gratuidad. Allí surgió mi voluntad y deseos de corresponder a un Dios que se me entregaba con tal gratuidad que lograba conmoverme.

Posteriormente, entre las múltiples espiritualidades, todas ellas encomiables, con las que diversos grupos humanos tratan de vivir el cristianismo, las circunstancias de mi vida y de mi formación me llevaron a conocer más particularmente la espiritualidad ignaciana; instrumento que me llevó a experimentar cómo Dios se nos comunica, cómo se nos da y así nos hace libres. Un Dios actuante, no sólo en nuestro interior sino en el mundo de las cosas, más importante aún, en el de las personas. Lo más propio de los ejercicios ignacianos, el contemplar, sentir y gustar el amor de Dios en mí y en todas las circunstancias de mi vida, me interpelaba constantemente llamándome a actuar a poner “el amor más en las obras que en las palabras”. Otro aspecto que me ayudó enormemente en mi espiritualidad a lo largo de estos últimos años, fue sentir y conquistar una libertad interior que me lleva a actuar de forma relajada pero responsable y hasta cierto punto arriesgadamente.

Por fin, en años más recientes, he asistido a cursos y fomentado lecturas que me han ayudado a conocer el cristianismo y la teología de una manera más madura, responsable y actualizada.

Para tratar mi condición de intelectual –economista, debo en primer lugar confesar que cuando escogí esta carrera me visualizaba ilusamente como una futura Ministra de Hacienda o presidenta del Banco Central de Venezuela, o en el peor de los casos como una próspera gerente de una afamada empresa empleadora de muchas personas. Cuando inicié mi carrera, desde el primer año, viví la dura realidad del mundo económico. Gran parte de la práctica profesional del economista se basa en maximizar el beneficio y minimizar los costos, y así pasé mis 5 años de estudios de economía. Curvas para allá y para acá. Mucha matemática y abstracción. El romanticismo inicial se iba rompiendo.

Luego conocí la empresa privada donde estuve dos años, y quiero pensar que la empresa donde trabajé era una excepción, pero gran parte de mi trabajo era precisamente practicar constantemente la maximización del beneficio y la minimización del costo, o lo que llamamos hacer análisis costo-beneficio en todas las situaciones, especialmente en el departamento de personal que yo manejaba. Ello me traía fuertes conflictos interiores, sobre todo a la hora de despedir personas por razones de costos. Personas que tenían rostro, que

no eran un simple número en el presupuesto, sino madres, padres, ancianos, etc. El límite se alcanzaba cuando mi trabajo consistía en estudiarme las leyes para tratar de disminuir los costos laborales de la forma más legal posible o haciendo pequeñas triquiñuelas. Evidentemente algo hizo crisis en mí, más aún cuando paralelamente estaba experimentando la vida espiritual a la que hacía referencia anteriormente. ¿Cómo engranar mi vida profesional con mi vida cristiana? ¿Cómo conjugarlas?

Luego en el año 1990 empecé a trabajar en la UCAB. Existía una mayor posibilidad de vivir mi profesión de economista y mi fe cristiana simultáneamente. Ciertamente fue más fácil. Entonces entraron en juego otros elementos propios de la espiritualidad que estaba viviendo: “actuar ordenando los medios y los fines”. No basta con ser economista y a la vez cristiano; debes hacer tu mayor esfuerzo para ser el mejor, para discutir, para confrontar, para actuar. San Ignacio propone en la meditación de los tres binarios de los Ejercicios Espirituales el caso de las personas que dicen amar a Dios, pero que en la práctica no lo hacen, pues no ponen los medios para actuar consecuentemente. La eficacia exige instrumentalidad como medida de la verdad de nuestro amor.

Los cristianos corremos el grave riesgo de proclamar grandes fines y propósitos. Normalmente nos cuesta identificar los instrumentos para el logro de estos fines. Nos pasamos gran parte del tiempo viendo a dónde queremos llegar pero poco dedicamos a instrumentalizar lo que deseamos.

Como directora de la Escuela de Economía, una carrera que conocía como muy teórica, matematizada y abstracta, empieza a presentarse ante mí como un área que puede tener una arista humana, donde el desarrollo económico se debe estudiar como desarrollo en el sentido amplio, integral y humano de la palabra. Entendí la importancia de formar un excelente economista no sólo desde el punto de vista técnico y teórico, sino también en el conocimiento de los fines amplios de la actividad económica, el lugar de los saberes en la construcción social y las consecuencias de las decisiones para otros. En suma, una carrera donde el sentido de lo humano tenga cabida. Por lo tanto entendí la importancia de formar un economista humanista. Dedicué gran parte de mi tiempo a cambiar el *pensum* hacia esta orientación y a compartirlo con otras universidades. En definitiva, a formar a alguien que no separe los medios de los fines, sino que sepa identificar cada uno de ellos en su acción intelectual o profesional. Considero que allí empezaba a ser consecuente como intelectual

o profesional cristiano. Esto es desde luego más fácil por el hecho de trabajar en una universidad católica que propone institucionalmente tal orientación en todas sus carreras.

No quiero dejar de hacer una mención a mi condición de mujer, madre y esposa, que complica la práctica intelectual de una cristiana por razón de los múltiples roles que debemos cumplir. La distinción de género es importante: ser una “intelectual cristiana” te hace crecer con una cierta impronta de sensibilidad a los problemas de los demás, pero al mismo tiempo requiere de un mayor esfuerzo a la hora de estar actualizada, comoquiera que el trabajo intelectual ha de competir, en mi caso, con tres niños de menos de cinco años.

Pasemos ahora a la cuestión planteada por los organizadores acerca de cómo la condición de cristiana orienta y propone interrogantes a la intelectual.

Empecemos por el intelectual como educador. Una primera cuestión planteada al economista cristiano estriba en quién es el destinatario final de nuestra acción y en ello mi quehacer como profesora y directora de una Escuela de Economía ha sido ciertamente influido por la fe cristiana. He mencionado ya la intención de enfrentar a nuestros estudiantes con los fines humanos y las consecuencias para los más débiles de las decisiones económicas, que ha orientado los cambios de *pensum* en la Escuela. Esta comprensión debe conducir, en aquellos que acepten la interpelación ética, a un uso diferente de las herramientas teóricas que reciben en la carrera. Estos cambios han dado sus frutos; como prueba de ello está la importancia que ha cobrado el voluntariado estudiantil en la Escuela

La fe desafía también a la ciencia económica en su constitución interna. En este sentido, debería decir que en el estado actual de la ciencia económica no existen opciones teóricas para el cristiano y el no cristiano. La teoría económica vigente es básicamente una, sometida a un cierto rigor metodológico, nos guste o no. Pero su pretendida neutralidad y objetividad no lo es tanto. Como en todos los saberes humanos, está ligada a intereses y preconcepciones de la comunidad científica. Hay una práctica de la economía como ciencia que se orienta principalmente al lucro de quien la ejerce. Otras aproximaciones parecen engolosinarse en modelos matemáticos y abstracciones cuya conexión con las realidades sociales se considera irrelevante. Pero existe también la posibilidad recogida en las palabras de Juan Pablo II en una universidad italiana¹: “la solidaridad se aprende a través del ‘contacto’ más que de ‘nociones’”. Con la experiencia directa al corazón, la mente se puede

sentir desafiada a cambiar. La implicación personal en el sufrimiento del inocente, en la injusticia de los que sufren, es el catalizador para la solidaridad que abre el camino a la búsqueda intelectual y la reflexión moral”.

Esta aproximación de Juan Pablo II nos recuerda a los economistas una asignatura pendiente. La teoría económica vigente, como tiene que ocurrir en una ciencia que pretende matematizar realidades sociales, parte de supuestos que simplifican la acción humana (condensados en el llamado “homo oeconomicus”) y la constitución de la sociedad (viéndola como una red de interacciones económicas). La fe cristiana, con sus dos mil años de diálogo con el hombre, puede ayudarnos a relativizar las conclusiones extraídas a partir de tales simplificaciones. En el límite, nos llama a introducir elementos teóricos como la libertad moral o el carácter histórico de las realidades humanas en el núcleo mismo de nuestra ciencia, motivándonos así a repensarla.

Una tercera línea de interacción entre el oficio de intelectual y la fe cristiana se halla por supuesto en la acción misma. El reto de la acción nace de saber que en la realidad imperan modelos económicos que generan fuertes brechas sociales, divisiones entre ricos y pobres, excluidos sociales o marginales, donde el consumismo es la cultura que domina, deshumanizando al hombre.

En nuestro país, donde se están experimentando fuertes cambios, un ejercicio que los economistas debemos hacer constantemente es el de la “composición social de lugar”: en dónde estamos situados, qué nos rodea. En el caso venezolano los indicadores económicos y sociales se encuentran en niveles muy graves:

- Para 1997 el 62,5% se encuentra debajo de la línea de pobreza, y el 27,3% por debajo de la pobreza crítica².

- Los niveles de desempleo, y la sustitución de empleos en el sector formal, por empleos que se sitúan en el sector informal.

- La deserción escolar.

- El desmoronamiento de la institucionalidad nacional.

- Y, lo que es peor, el venezolano no parece tomar conciencia de su situación. En un estudio sobre la pobreza hecho por la UCAB, se muestra como el 87,7% de los venezolanos cree que su bienestar depende de factores externos y de fuerzas que no puede controlar; sólo el 12,3% cree que depende de su

esfuerzo y trabajo. Otro estudio de Keller y asociados concluyó que alrededor de 80% de los venezolanos cree que Venezuela es el país más rico del mundo, y que el gobierno debe repartir la riqueza con equidad. Quiero dejar claro que no sólo los pobres piensan de esta forma.

Evidentemente después de escuchar estas cifras se puede afirmar que el intelectual cristiano debe tener algo que decir, que se debe actuar, que la situación es preocupante y que parece no mejorar. Afortunadamente, existen economistas que van comprendiendo cada vez mejor que eficiencia y equidad no son dos perspectivas opuestas, sino que se necesitan una a la otra. Hoy en día un economista cristiano no debería dudar a la hora de entender que un país no puede crecer con una proporción significativa de pobreza. Si queremos ser más ricos necesitamos que los demás sean menos pobres.

Pasando al plano de las recomendaciones, diría por el lado de los intelectuales cristianos lo siguiente:

- *Fomentar los espacios para el diálogo:* Uno interdisciplinar entre los intelectuales laicos y clérigos. En este sentido, un aporte que puede hacer la intelectualidad cristiana en cada una de las disciplinas es adoptar una actitud de diálogo y encuentro, reñida con toda posición maniquea y emocional. Contribuir con recomendaciones en sus ámbitos de trabajo que ayuden a dar luces en este momento histórico que vive el país. De no hacerlo sería una asignatura pendiente que la historia se encargará de recordar y que el país no nos perdonaría. Y otro entre la jerarquía eclesial y todos los intelectuales cristianos, para de esta forma contribuir con la función del magisterio de la iglesia.

- En nuestro país cuesta observar intelectuales cristianos que de *forma explícita manifiesten su "identidad de fe"*. Claro está que siempre podemos decir "por sus frutos los conocerán". Eso es muy cierto, pero creo que vale la pena evaluar si no ha llegado el momento en Venezuela de adoptar algunas posiciones más directas y elocuentes. Todavía existe el prejuicio de creer que si nos declaramos como intelectuales cristianos corremos el riesgo de ser menos rigurosos, menos amplios. Creo que el gran reto es demostrar que más bien puede ser una ventaja. Haría más explícitos la necesidad y el compromiso de estar en sintonía continua con los acontecimientos importantes que vive el país, nos recordaría que nuestra acción no nos pertenece, que no sólo es para nuestro lucro o prestigio, sino que nos reta a dar respuesta a problemas muy complejos, como la dignificación de la vida de los excluidos

o la eliminación de la pobreza, que en último término significa mejorar los niveles de producción de riqueza, el cual es un de los objetivos básicos de la teoría económica. Y nos llamaría a adoptar posiciones que requieren valentía, porque a menudo no están alineadas con los intereses y valores socialmente predominantes. Decirnos cristianos en cuanto intelectuales sería tanto como declararnos abiertos a la interpelación de la realidad humana de nuestro país.

- *Crear una plataforma para las interrelaciones.* Tal como se están dando los cambios acelerados y profundos en el mundo, ellos nos llevan a replantearnos la relación entre los intelectuales cristianos entre sí (y con los no cristianos), y la relación de los intelectuales cristianos con la Iglesia, no sólo en Venezuela sino también a nivel mundial. Se debe ir hacia una mayor *comunicación e intercambios*, para una mayor comprensión de los procesos que estamos viviendo. Los contextos son distintos en cada país, pero los principios cristianos son los mismos. Considero que las universidades católicas, los centros de educación superior y de investigación de la iglesia son los llamados a cumplir con esta función.

- Reconocer que los intelectuales cristianos laicos debemos emplear el recurso más escaso que tenemos, el tiempo, en obtener una mayor *formación y actualización* en la comprensión cristiana del hombre y de la sociedad tal como se discute en la filosofía y la teología. He de confesar que, salvo honrosas excepciones, los que nos consideramos intelectuales cristianos venezolanos adolecemos de una formación que nos permita profundizar y abordar los temas de nuestro interés profesional bajo esa perspectiva.

- Realizar esfuerzos para la producción de *investigaciones teóricas y/o empíricas* que ayuden a comprender los complejos problemas que vive nuestra sociedad bajo la óptica cristiana.

- El intelectual cristiano es llamado a mantener una “*acción evangelizadora*” en el pueblo de Dios. Es un sujeto que va a introducir en la sociedad, posiblemente a través de clases ilustradas pero no necesariamente sólo a través de ellas, discusiones sobre puntos difíciles donde la verdad está lejos de ser clara.

Y en cuanto a las recomendaciones específicas para el clero:

- La actitud de los agentes pastorales debe ser basada en una *horizontalidad* en la relación, de mutuo enriquecimiento en la acción evangelizadora del intelectual cristiano.

- Brindar espacios para una *formación adulta* en el campo específicamente religioso. Áreas como la teológica y filosófica pueden ser muy interesantes para el intelectual (he de confesar que en éstos momentos estoy asistiendo a un curso de teología que ha resultado mucho más interesante de lo que me podía haber imaginado).

- Ahondar en el *camino* que está recorriendo la Iglesia venezolana con eventos como éste, donde se le brinda al intelectual: respeto por su disciplina, intercambio de ideas, disposición a aprender, etc., porque también el teólogo, sobre todo en estas últimas décadas donde está tratando de encarnar mejor el Reino de Dios en la estructuras sociales y personales del presente, debe tomarse en serio las ciencias sociales para poder avanzar con realismo hacia sus propios ideales.

- Invitar al intelectual cristiano a un *diálogo*, servir de puente entre ellos y a su vez entre éstos y la Iglesia.

Para finalizar, creo que para el intelectual cristiano venezolano en el campo de las ciencias sociales, el auténtico desafío es el encontrar caminos efectivos para la integración social en una sociedad justa y humana. Ojalá que podamos afirmar con el General de los jesuitas, Padre Peter-Hans Kolvenbach: “la enseñanza e investigación de alto nivel puede convertirse en un instrumento de justicia en nombre del Evangelio”³.

Notas

¹ Juan Pablo II, Mensaje a la Universidad Católica del Sagrado Corazón, Milán, 2000.

² IIES-UCAB, *La Pobreza: Un mal posible de superar*, 1999.

³ Kolvenbach, Peter-Hans, Conferencia: El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos, California, 2000.